

SERMON

PARA EL ULTIMO DIA DE LA NOVENA.

Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.

Llora hilo á hilo en la noche: las lágrimas surcan sus mejillas: no hay quien la consuele entre todos sus amados.

Thr. cap. I, v. 2.

Habia concluido, M. A. O., la pasión del Redentor al dar el último suspiro en el árbol de la Cruz. En aquel instante supremo quedó rota la cadena de nuestra esclavitud, y confundido el príncipe de las tinieblas que cargara sobre los hombros de sus miserables esclavos un peso insoportable: el desgraciado mortal podía ya entonar un himno de alabanza y de bendición, al poderse llamar de nuevo hijo de Dios. Un espantoso terremoto anunció á los judíos con la muerte del Redentor, el término de sus legales sacrificios, y los muertos que por todas partes se presentaban, ponen en desorden á los mas obstinados. ¡Qué admirable fué el triunfo de Jesucristo! Judíos y gentiles confiesan no solamente que es justo sino tambien que es Hijo de Dios: *Vere filius Dei erat iste*. En el seno de

Abraham hace su entrada gloriosa en medio de aquella multitud de almas justas, de patriarcas y profetas que tanto habian suspirado por el dia feliz de la Redención. Habian concluido, pues, las ignominias del Salvador. Ya hemos visto en el discurso anterior, que su cuerpo fué sepultado, no del modo afrentoso con que habia sido crucificado, sino con el mayor respeto y veneración.

Pero si bien Jesucristo triunfaba en su muerte, si bien habian terminado sus padecimientos é ignominias, no habian concluido los dolores y aflicciones de su Madre. La hemos contemplado en los dos dias anteriores transida de dolor, así al recibir de manos de los piadosos varones José y Nicodemus los instrumentos de la crucifixion, como al lavar con sus manos el cadáver de Jesus, y al verle depositar en el sepulcro. Ahora en su amarga soledad gime silenciosa, llora hilo á hilo, sus lágrimas surcan sus mejillas, y no hay quien la consuele entre todos sus amados: *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus*. ¡Cuán cruel fué este último dolor que le causara su amarga soledad!...

Venid, cristianos, y ya que con los sentimientos de la viva compasión habeis acompañado á nuestra dolorosa Reina desde el momento en que encontró á su divino Hijo en la calle de la Amargura hasta que le dejó encerrado en el sepulcro, venid de nuevo al Calvario, á aquel lugar santificado con la sangre del Cordero, y penetrad despues con vuestro espíritu en el Cenáculo. Venid y observemos los lamentos de María: acompañémosla en su soledad y procuremos en cuanto nos sea posible aliviarla en sus dolores.

Somos sus hijos, y no podemos por lo tanto hacernos indiferentes á los padecimientos de la que es nuestra Madre. En la triste soledad en que se encuentra, me parece oirla pronunciar aquellas tristes palabras del Profeta de los lamentos: *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consoletur me.* Justo es que nosotros nos apresuremos á consolarla, puesto que hemos sido los causantes de sus amargas penas: obrar de otro modo, seria la mayor de las ingratitudes. Para escitar, pues, vuestros afectos y moveros á hacer saludable penitencia, voy á demostraros los padecimientos de María en su soledad, presentándola á vuestra consideracion desamparada de los pecadores. Hé aquí el asunto de este último discurso y el objeto de vuestras atenciones. Plégué á Dios Omnipotente que mis palabras sean saetas penetrantes que llegando al fondo de vuestros corazones dejen gravados en ellos los mas nobles sentimientos de amor y de gratitud hácia la protectora benéfica de la humanidad, que tanto padeció en su calidad de Co-Redentora. Para que así sea, dirijamos nuestras súplicas al Señor, y como carezcamos de méritos propios que presentar ante su soberano acatamiento, presentémosle los de la Santísima Virgen, á la que para hacerla propicia á nosotros, saludaremos si bien llena de dolor y de amargura en su triste soledad, tambien llena de gracia. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Si consideramos que la Santísima Virgen empieza á padecer de nuevo despues de la muerte de su divino Hijo; si fijamos nuestra atencion en el intenso dolor que le produjo su soledad, no podremos menos de

decir, que el Señor se mostró con tan celestial princesa, como riguroso vendimiador que no se contenta con la vendimia, sino que vuelve á repasar la viña para la rebusca. *Sicut vindemiatur ad cartallum* (1). No contento el Eterno Padre con vendimiar y esprimir en el lugar de la Cruz á su amantísimo Hijo, vuelve á repasar la viña para rebuscar en los padecimientos y angustias de la Madre, mayor caudal de eternos merecimientos. El sepulcro do fuera depositado el sagrado cadáver de Jesus habia sido cubierto con la losa, y María desolada, llena de amargura vuelve al Calvario para adorar la Santísima Cruz, y entregarse en aquel lugar de sangre á los extremos de dolor.

Grandes, extraordinarios, intolerables habian sido todos los anteriores dolores sufridos por la Reina de los Angeles durante la pasion y muerte de su Hijo, pero el que le atormenta al presente, á todos sobrepaja. Llena de heroicidad habia presenciado todos los tormentos que la perfidia judáica hiciera sufrir al divino Nazareno: habia escuchado las horrendas blasfemias que le habian dirigido: habia llevado con la mayor resignacion y paciencia los malos tratamientos, los azotes, las afrentas todas que sufriera por la salvacion de las almas. Fija en el Calvario y siempre á la vista del divino Mártir, no habia pasado para ella desapercibido ni el mas leve golpe, ni la mas mínima injuria. Habia tomado parte en todos los tormentos del Redentor, sufriendolos en su corazon, al tiempo mismo que aquel en todos los miembros de su cuerpo. Podia decirse que cual otro Abraham habia conducido á su inocente Isaac al monte del sacrificio. Hasta efectuar-

(1) Jerem. cap. VI, v. 9.

se el sacrificio de la divina víctima, habia contenido el torrente de sus lágrimas, como Reina celestial que quiere conservar su carácter y dignidad: *Stantem lego, flentem non lego*. De este modo conservaba íntegro su dolor, no disminuyéndole de modo alguno. Sin embargo veia á su Hijo, padecia con él y de este modo sus dolores eran en cierta manera mas llevaderos. Pero ahora luego que vuelve al Calvario, se detiene en aquel lugar para apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, que el Omnipotente le ofrecia. Allí contemplando y adorando la Santa Cruz do se habia verificado la Redencion humana, recuerda todos los grandes padecimientos de su divino Hijo: entonces le parece escuchar de nuevo las palabras sacrílegas y terribles blasfemias que le habian dirigido los pérfidos judíos: el menor rumor le estremece, porque cree escuchar el que formaba la multitud curiosa que durante la trájica escena habia poblado las avenidas del Calvario. Allí vienen á su imaginacion recuerdos de la vida de su Hjo. Fija su idea en Belén y recuerda los cánticos de los soberanos espíritus: recuerda tambien aquellos dias felices en que le estrechaba en sus brazos y le alimentaba con el néctar de sus pechos; pero lo que está mas presente que nada á tan afligida Madre, es aquel dia memorable en el que Simeon le anunciara las futuras contradicciones de su divino Hijo. ¡Prediccion que tan al pié de la letra habia visto cumplida!...

Sujetaba á María al pié de la Cruz, la luz sobrenatural con que penetraba los grandes misterios que se estaban verificando por ordenacion del Omnipotente. Su Hijo era un Dios, por lo tanto el Santo de los Santos, la inocencia misma. Su caridad, su amor

á la humanidad le habia impulsado á revestirse de nuestra humana naturaleza para padecer en ella. Siendo un Dios Omnipotente, habia vivido pobre y desconocido: durante los tres años que dedicó á la predicacion, en cuyo tiempo enseñó la doctrina mas pura y santa que hasta entonces habia sido desconocida, si bien habia recibido los aplausos de la multitud que presenciara los grandes prodigios que obrara su diestra bienhechora, habia sido perseguido encarnizadamente por los doctores y maestros de la ley de Moisés. Todo esto era objeto de sus meditaciones, cuando en la mas triste soledad se apoyaba en el sagrado madero de la Cruz. En vano la divina Judith estendia su vista por aquel solitario recinto, cubierto de densas tinieblas, no estaba allí el Sol divino de justicia que se habia ocultado en el ocaso del sepulcro. En vano elevaba su vista al cielo porque no recibia ningun amparo. Contemplando á la Virgen Purísima en tan lastimoso estado, sola y sin ningun género de consuelo, no puedo menos de recordar el pensamiento de San Anselmo que dice, que cuantos tormentos han padecido los mártires de todos los siglos es una cosa muy leve comparados con los padecimientos de la Madre de Dios. *Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus Martyrum, leve fuit comparatione tuæ passionis, O Virgo*. Y por esta razon la Iglesia la saluda con el título de Reina de los mártires.

El corazon de la amorosa Madre estaba identificado con el de su divino Hijo: todos los golpes que Jesus habia recibido daban de rechazo en tan lacerado corazon, y con razon dice San Agustin que si la madre de los Macabeos fué siete veces mártir porque murió una vez en cada uno de sus siete hijos, María es mil veces

mártir porque vió con sus ojos mil veces los tormentos de Jesus: María habia padecido al ver preparar los instrumentos de la crucifixion, en el momento de la aplicacion y despues, y ahora sola y privada de la vista de su Hijo vuelven á atormentarle por los recuerdos, todos los anteriores dolores: y en tan triste estado se lamenta, gime, las lágrimas surcan sus mejillas, y no hay quien la consuele: *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.*

Asi es, mis amadísimos hermanos: entregada la Santísima Virgen á sus tristes pensamientos, bien puede esclamar: El Señor me ha puesto desolada, todo el dia consumida de tristeza: *Posuit me desolatam, tota die mærore confectam* (1). ¡Ah cristianos! Yo contemplo á María apurando las heces del cáliz del dolor en su soledad amarga, y veo que ha quedado como viuda la Señora de las naciones (2). Contempladla llenos de compasion, pero no decirme ya que es la hermosa María, decid sí, que es la amarga Madre del Redentor, porque el Omnipotente ha llenado su alma de amargura (3). ¿Y no habrá quien pueda enjugar su llanto y prestarle algun consuelo? ¡Ah! Oidla como esclama: *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consoletur me* (4).

Dios habia dispuesto que María fuese la maestra de la naciente Iglesia, la consejera de los Apóstoles, la que instruyese por sí misma á los primeros que habian de tener la dichā de ser reducidos por las

(1) Thr. cap. I, v. 13.

(2) *Facta est quasi vidua domina gentium.* Thr. cap. I, v. 1.

(3) Ruth. cap. I, v. 20.

(4) Thr. cap. VI, v. 21.

predicaciones apostólicas al conocimiento de la verdad, adorando á Jesucristo como verdadero Dios. Por esto sobrevive á su Hijo: por esto se ve reducida á experimentar el nuevo martirio de su soledad, un género de martirio que no habia padecido su Hijo, porque hasta el momento de exhalar su postrimer aliento en el árbol de la Cruz, habia visto á su lado á su bendita Madre. Modelo admirable de fé, de esperanza, de caridad, de humildad profunda, de paciencia heróica, de resignacion con la voluntad divina, debemos en ella fijar nuestra vista para aprender la regla de nuestra conducta. Si así lo hiciéramos seriamos en todas nuestras obras aceptables á los divinos ojos.

Sigamos ahora los pasos de la divina Reina, cuando despues de haber adorado la Santa Cruz y de haber permanecido en la cima del Gólgatha entregada á sus meditaciones, se dirige al Cenáculo acompañada de San Juan y de las piadosas mujeres. ¡Qué estado tan lastimoso presenta! Mi corazon, esclama, está conturbado, me ha desamparado la fuerza, y aun la luz de mis ojos no está ya conmigo: *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, et lumen oculorum meorum non est mecum* (1). A vista de su angustia grande sobre toda ponderacion, no pueden menos de verter lágrimas hasta algunos de los que habian tenido parte en la muerte de su Hijo, como dice San Bernardo (2).

¡Oh Virgen Purísima! Tanto sufrir y tanto padecer por haber tomado parte en nuestra Redencion. Verdaderamente que el Señor que os eligió para Madre

(1) Psalm. XXXVII, v. 11.

(2) S. Bern. de lám. Virg.